

BIENVENIDO AL CLUB

El día amanecía fresco. Los últimos borrachos dejaban la libertad de la noche para volver a sus fracasadas vidas mientras las palomas comenzaban a desplegar sus alas calentándose con un tímido sol otoñal.

Como cada mañana de domingo, Víctor Hooker se enfundó su traje amarillo y sus flamantes mocasines blancos. Tenía una entrevista con Julius Verniel, el dueño del teatro Gulliver, una de las principales salas de la ciudad. Una llamada telefónica de Julius y todo había quedado solucionado para que el domingo se conociesen en persona. La cita sería en el teatro de Verniel, temprano, para que les diese tiempo de charlar sobre la obra antes del almuerzo.

Mientras Víctor se preparaba para salir a la calle, recordó las palabras de su tía Amelia cuando todavía era un mocoso: “este chico llegará lejos en el mundo del arte, no hay más que verlo bailar”. La tía Amelia era la hermana de su madre y había sido la bailarina principal del “Chiqui-dancing”, un club de bailes latinos que estuvo muy de moda en los años cincuenta en la calle 42 de Broadway. Víctor se miraba orgulloso delante del espejo del baño mientras recordaba vagamente esas palabras... “llegará lejos”...

- bueno - pensó – de momento voy a llegar al teatro Gulliver – y sonrió mostrando una blanca y artificial dentadura ante el individuo que le observada desde el espejo.

El hombre del tiempo había pronosticado tormenta. Hooker bajó a la calle y se acercó andando hasta la estación de metro más cercana. Le extrañó no ver a nadie paseando a las ocho de la mañana, pero lo achacó al hecho de ser domingo y al pronóstico de mal tiempo por parte del meteorólogo. Las lluvias en aquella zona del país solían ser bastante comunes en esa época del año.

El tren llegó a la hora exacta. Las puertas del vagón se abrieron y subió orgulloso el escalón que separaba el vehículo del andén. Estaba vacío. Como era habitual desde hacía unos años, los grafitis y pintadas “adornaban” los asientos del transporte público, por lo que escudriño la mirada buscando un asiento medianamente en condiciones donde poder sentarse sin ensuciarse el traje.

Cuando alargó la mirada hasta el fondo del vagón, apreció la figura de un hombre que hasta ese instante le había pasado desapercibida. Hubiese jurado que el vagón se encontraba vacío. El hombre estaba de espaldas a él y tenía la apariencia de un vagabundo, sentado en el extremo opuesto a la puerta de acceso por la que él había accedido. Hooker se sentó tres filas de asientos por detrás del individuo. Hacía años que disfrutaba observando a la gente de clase social baja, de los bajos fondos, dejando volar su imaginación y sumergiéndose en peleas nocturnas y trifulcas de bar inspiradas por aquellos seres sumergidos en un infierno sin haber pecado. La mayoría de sus conocidos disfrutaban los ratos de ocio sentados en un bar de la avenida principal, acompañados por una cerveza o un café mientras charlaban con amistades y dejaban pasar el tiempo pausadamente. Él era feliz sentándose en esa misma avenida, cuando las estrellas empezaban a bostezar, observando a los vagabundos, a los borrachos y a las prostitutas para más tarde poder plasmar en escritos todas las fantasías y dramas que podía leer

en los ojos de los protagonistas de la noche, todos aquellos seres que ahora le recordaban a aquel individuo...

El vagabundo volvió su rostro hacia él despacio, mirándole con cara de aburrimiento. Si no hubiese sido por que tenía las cuencas de los ojos vivas, Víctor hubiese jurado que se trataba de un muñeco, un cuerpo vacío tal como había visto alguna vez en los funerales a los que, de vez en cuando y por desgracia, no tenía más remedio que acudir...le vino a la memoria el rostro de tía Amelia el día que la encontró muerta en uno de los aseos del Chiqui-dancing, con una aguja clavada en su blanco brazo. Fue la primera vez que vio una persona muerta, y también la primera vez que había salido una noche de juerga con sus amigos... aquella imagen de tía Amelia se le quedó registrada en lo más profundo de su cerebro.

El vagón comenzó a avanzar lentamente, al tiempo que ambos hombres cruzaban sus miradas. Los ojos del vagabundo comenzaron a moverse de forma rápida mirando al vacío, hecho que a Hooker le sorprendió sobremanera. La mirada del extraño actuaba como si siguiese a algún tipo de espíritu volador o molécula de polvo suspendida en el vacío y que la corriente que el tren producía al avanzar hacía que bailase en la nada. Las pupilas del hombre terminaron depositándose sobre el hombro izquierdo de Hooker. Una pequeña mosca había detenido su vuelo sobre la chaqueta amarilla del escritor. Ante la mirada incrédula de Víctor, el extraño individuo abrió su boca dejando ver una lengua que creció rápidamente como si de un camaleón se tratase. En cuestión de segundos el apéndice del vagabundo había alcanzado el hombro de Hooker quedando la mosca pegada en la punta, envuelta en un amasijo de saliva de color verdoso. Al instante el insecto desapareció en la boca del extraño tan rápidamente como había hecho su aparición en escena. Un pequeño rastro de baba verdosa oscureció el amarillo de su americana. Hooker se encontraba todavía asustado e incrédulo ante la escena que acababa de ver. Miró hacia la puerta del vagón pero estaba cerrada. Pulsó el botón de emergencia, para intentar salir de allí lo más rápido posible, pero el botón de alarma no funcionó. Tras unos segundos que a Víctor le parecieron eternos, se armó de valor y se levantó acercándose al extraño que hacía un instante le había lamido literalmente la solapa de la chaqueta. El vagabundo todavía estaba relamiéndose de su asqueroso bocado, sin levantarse de su asiento y mirando a Víctor con una mirada que de repente parecía que hubiese recobrado la vida.

-¿Como ha hecho eso?- le preguntó Víctor todavía sorprendido – ¿es usted una especie de mutante de esos que tanto se habla en la televisión?– el rostro de Hooker estaba descompuesto solo de pensar en la escena tan desagradable que le acababa de ofrecer el extraño-

– Se equivoca amigo – respondió el vagabundo sonriendo - ... todo depende de la sociedad en la que se viva... si usted supiera como come la gente en otros países no hablaría así. Hay países cuyos habitantes alargan sus brazos hasta un metro para alcanzar los frutos más altos de algunos árboles – el rostro del hombre se enrojeció al tiempo que una pata de mosca sobresalía entre sus labios. En ese instante resbaló una pequeña gota de baba verdosa por su barbilla.

- Disculpe – respondió Víctor. Estaba a punto de vomitar pero se contuvo haciendo un gran esfuerzo – no me mal interprete... no insinuaré que lo que he visto no es real.

El rostro del extraño volvió a relajarse, al tiempo que su tono de voz se calmaba. La voz artificial de una mujer anunció la inminente llegada a la plaza de Pets Place.

- Usted se ha comido una mosca que yo tenía en el hombro como quien se come una gamba rebozada a la hora del aperitivo. – balbuceó Hooker.

-Mire – exclamó – yo no soy nadie para usted y usted no sería nadie para mí de no haber estado esa mosca sobre su chaqueta y yo hubiese podido desayunar mi ración de cucarachas alemanas esta mañana – una arcada con sabor amargo acudió a la boca de Hooker al escuchar las últimas palabras y esta vez si creyó vomitar encima del hombre. Apartó la mirada y cerró los ojos con el único fin de que el extraño no advirtiese el asco, el miedo y el temor que seguramente reflejaba su rostro.

- Usted ha visto lo que puedo hacer y eso le convierte en alguien peligroso para mí. Hooker comenzó a notar un sudor frío por la parte baja de su espalda al tiempo que su estomago comenzaba a excretar jugos gástricos provocándole cierto malestar. El vagón continuó su camino sin detenerse en la estación. El hombre siguió hablando:

– así que puede elegir entre unirse a mi o, digámoslo de buena manera... desaparecer ahora mismo – el tono del vagabundo se tornó más serio, hasta el punto de que Hooker pensó que aquello era una broma pesada de alguna cadena de televisión y el hombre un actor que estaba llevando su papel hasta un punto demasiado lejos. Víctor sonrió ante la idea mientras giraba la cabeza en todas direcciones buscando la cámara oculta. Tal vez la noticia de los mutantes era una pesada broma de esas que hacen a veces las televisiones. El presentimiento de aquella idea relajó su estomago por unos instantes.

- Está bien – continuó el extraño – está usted pensando que se trata de una broma ¿verdad? A todos nos pasa la primera vez...

-La primera vez – repitió Hooker extrañado mientras palpaba debajo de un asiento lleno de pintadas - ¿qué quiere decir con eso de la primera vez?

-Siempre hay una primera vez para todo, incluso para los deseos – el hombre tragó por fin la mosca, acercó su mano derecha hacia los labios y extrajo entre los dedos una de las alas, tirándola al suelo – y cuando alguien nos conoce por primera vez siempre se le pasan por la cabeza las ideas más absurdas... siempre hay una primera vez y si he de ser sincero, todos se lo toman a risa – exclamo sonriendo.

- No le entiendo – exclamó Hooker – no le conozco de nada y la verdad es que no tengo ni la menor idea de cómo ha hecho eso – Víctor señaló con el dedo la solapa de su chaqueta – pero sé que tiene que haber algún truco por aquí... - y volvió a palpar con su mano izquierda por debajo de los asientos- no creo en esa estupidez de los mutantes...

-Tiene usted las manos muy largas amigo – en ese instante el vagón se detuvo y la voz encorsetada de la misma mujer anunció que habían llegado a la estación de Smile Street. El vagabundo se levantó rápidamente – nos volveremos a ver pronto señor Hooker – exclamó – y tenga cuidado con esas manos porque las tiene demasiado largas - añadió saliendo por la puerta antes de que Víctor pudiese reaccionar. Varias personas entraron en el vagón impidiendo a Hooker observar la dirección que tomaba el hombre y para cuando quiso darse cuenta este había desaparecido sin dejar el menor rastro.

Diez minutos más tarde el metro se detuvo en la estación donde Víctor Hooker debía apearse. Se encontraba desconcertado por lo sucedido.

Cuando alcanzó la calle, se había levantado una leve brisa. En ese instante comenzó a sentir unos pinchazos en el brazo izquierdo, los cuales achacó a la humedad de aquella mañana y al reuma que seguramente había heredado de su madre. Siguió caminando cinco minutos más hasta que llegó a la fachada del teatro. Se trataba de un edificio pequeño, más pequeño de lo que él había creído— “unas cien butacas” pensó y se dispuso a abrir la puerta principal del edificio. Estaba cerrada. La pequeña ventanilla que hacía las veces de taquilla tenía una cortina, y a los lados de la entrada los carteles de la obra que se estaba representando esos días no indicaban el horario de apertura. Miró a ambos lados de la acera pero no vio a nadie. Buscó un timbre o un picaporte donde llamar, pero no encontró nada. Eligió caminar hacia la derecha buscando alguna otra entrada. Al doblar la esquina encontró una con un cartel que indicaba que se trataba de la entrada de actores. Se aproximó y esta vez sí pudo entrar. Un pasillo estrecho y con olor a humedad se abrió ante él. Aquella mezcla de olores le recordó su pasado como actor sin éxito intentando representar los clásicos en pequeños locales de pueblos olvidados. Avanzó por aquel pasillo mohoso en silencio y a los pocos metros se vio obligado a doblar hacia la derecha. Al fondo un hombre estaba de pie indicándole con la mano que avanzará.

Julius Verniel había sabido de la existencia de Víctor Hooker por un conocido común. Una tarde Verniel y su amigo se citaron para comer y, tras charlar sobre varios temas la conversación derivó hacia el mundo del teatro y lo difícil que era conseguir una buena obra de vanguardia. El amigo le comentó a Julius que en una ciudad al norte vivía un conocido suyo del que decían que escribía muy bien, aunque nunca había leído ninguna obra suya. Verniel siempre andaba a la búsqueda de autores noveles, por lo que rápidamente se interesó por Hooker y tras varias indagaciones consiguió contactar con él. Fue una conversación rápida, vía telefónica, pero todo quedó arreglado para que Víctor Hooker viajase hasta la ciudad para representar su primera obra.

El hombre que apareció ante Víctor era un hombre alto, grueso, aunque su cara era más bien delgada, de nariz afilada y ojos hundidos por la edad, se podía percibir que años atrás, cuando era más joven, debió tener un cuerpo bastante atlético, que por una causa otra había desaparecido entre kilos de carne...

-¿Víctor Hooker?— preguntó el hombre ofreciéndole la mano — me llamo Julius Verniel y soy el dueño del teatro Gulliver...

-Sí, encantado — respondió.

- Que le parece, ¿a que es precioso? — Exclamó altivo Verniel - lo adquirió mi padre hace diez años y es la niña de mis ojos. Por aquí han pasado Santiago Noguera, David Saint Etienne y

Pascual Perullem entre otros menos conocidos, ¡ah!- exclamó- y aquí comenzó su carrera teatral el gran Antoine Poncela, el protagonista de la serie “Aquí se viene a reír”... ¿supongo que la habrá visto alguna vez?

- Sí, sí – acertó a contestar Hooker estrechando la mano de Julius – la verdad es que es un edificio muy bonito –

No mentía, aunque a Hooker le hubiese dado igual el estado del teatro... estaba demasiado ilusionado con estrenar su obra que lo hubiese hecho en cualquier lugar.

-¿Cuántas butacas tiene? – le preguntó al dueño.

-Noventa y tres - contestó Verniel – en sus comienzos hace ochenta años tenía casi ciento cincuenta – contesto al tiempo que separaba los brazos intentando indicar lo grande que era el teatro- pero mi padre lo reformó y amplió el escenario, y yo hace unos años también reemplace las butacas originales por otras más modernas y amplias, con lo cual tuve que reducir el número de asientos... mejor menos y cómodos que muchos e incómodos – añadió Verniel sonriendo – hay que adaptarse a los nuevos tiempos y la gente quiere apoyar sus traseros en sitios blandos como el sofá de su casa. Bueno – añadió – y ahora vayamos al escenario y hablemos del estreno.

Verniel giró hacia su izquierda dirigiéndose hacia una puerta de chapa que se encontraba cerrada. Víctor Hooker le siguió.

-Tras esta puerta – añadió mientras introducía la llave – está el corazón del teatro Gulliver. Verniel abrió la puerta con un giro de la llave. – señor Hooker, le presento al “Gran Teatro Gulliver”.

Hooker quedó sorprendido. El aspecto exterior del edificio no dejaba vislumbrar la belleza que escondía en su interior. El teatro era pequeño sí, pero muy coqueto. Diez filas de butacas rojas de última generación se desparramaban delante de un escenario enorme – “por lo menos tiene diez metros de largo por cinco de ancho” – pensó.

-Veo que le gusta – exclamó Verniel al observar la cara de Hooker – noventa y tres butacas de una comodidad superior, sesenta metros cuadrados de escenario – Verniel le exponía orgulloso las ventajas de su teatro – y venga, venga conmigo – Verniel se dirigió hacia las filas de butacas y Víctor le siguió como un corderito – mire, entre las filas de butacas hay un espacio de medio metro para que la gente pueda caminar sin problemas, no como en esos teatros del centro en los que vas pisando a todo el mundo hasta alcanzar tu asiento.

-Es perfecto para el estreno de mi obra – dijo Hooker dejándose caer en uno de los asientos – no podría haber elegido un lugar mejor para iniciar mi carrera.

-Celebro que esté así de eufórico señor Hooker – exclamó Verniel sonriendo – y ahora si es tan amable me voy a sentar en esta butaca y usted va a salir al escenario para leerme su obra – dijo Verniel mientras le indicaba a Víctor con la mano la dirección del escenario y él se sentaba en una butaca de la primera fila.

-¿Toda? – exclamó Hooker

- Hombre de dios – le dijo Julius sonriendo – toda no, pero si alguna página o capítulo para que yo la escuche de la voz de su autor.

Víctor se levantó y avanzó despacio hacia los escalones que separaban la platea del escenario. Una vez arriba, sacó un puñado de folios doblados del bolsillo de su chaqueta y se dispuso a leer.

-No señor Hooker – exclamó Julius sin darle tiempo a comenzar – colóquese un poco más en el centro, que yo le vea bien – señaló hacia un lado con el brazo. – Donde está ahora se le ve demasiado perdido en el escenario.

Hooker avanzó tímidamente unos pasos hacia la izquierda.

– Ahí, ahí señor Hooker, ahí está usted perfecto – dijo Verniel – cuando desee puede comenzar a leer.

Un sudor frío le resbalaba por la espalda a Víctor. Nunca antes había leído su obra delante de nadie y, aunque estaba satisfecho de sus escritos, los nervios y el miedo escénico (aunque su único público fuese el dueño del teatro) estaban haciendo mella en él.

-Presentación, dos puntos, acto primero, dos puntos – Hooker carraspeó tímidamente - el protagonista de la obra sale a escena y dice – ahora Hooker pone voz misteriosa, como de ultratumba:

“-Solo en las noches, las noches más espesas, mi cuerpo vive la magia del oxígeno que de día no puede respirar... me presento: soy un vampiro... ¡pero no un vampiro cualquiera no!, soy un vampiro de hospital...” –

Hooker leía con voz gutural intentando crear una atmósfera de misterio. Julius Verniel levantó las cejas removiéndose en su butaca...-

-¿Ocurre algo señor Verniel? – preguntó Víctor al observar que Verniel parecía sentirse incómodo.

- No, no, prosiga por favor– respondió el dueño del teatro.

Hooker continuó leyendo:

-“Me llaman Aznalarín y soy un vampiro muy joven, de hecho solamente tengo 235 años y 6 días... vamos que todavía tengo los colmillos de leche y mi estomago soporta bastante bien una horchata aunque no me de la fuerza y el vigor de la sangre de los guerreros. Os explico: aunque vosotros lo dudéis, los vampiros existimos desde hace muchísimo tiempo, aunque no descendemos de Rumanía ni existe ningún conde llamado Drácula... Somos originarios de América y ya existíamos antes de que Colón llegase. “

Víctor Hooker carraspeó y tosió. Levantó la vista para ver la cara que Verniel tenía mientras le escuchaba. Verniel tenía la mirada enfocada en el techo de su teatro. A Hooker no le pareció correcto y observándole se dio cuenta de que la cabeza inclinada hacia arriba no cuadraba sobre el cuerpo de Verniel: una cabeza tan pequeña con un cuerpo tan robusto... resultaba cuando menos grotesco observar al dueño del teatro mientras escuchaba su dialéctica. A Hooker se le antojó como un pequeño insecto cabezón, una asquerosa chinche transmisora de enfermedades. Además, no le estaba prestando atención y aquello le disgustaba enormemente. Estaba dando todo lo que tenía dentro de sí para que una repugnante chinche se entretuviese mirando al techo...

Verniel bajó la mirada

-¿Le pasa algo señor Hooker? – dijo al apreciar que Víctor había dejado de leer y lo miraba fijamente.

-disculpe señor Verniel, ya continúo-. Víctor bajó la mirada y continuó leyendo con voz gutural. Pero no podía quitarse de la mente la idea de que Verniel parecía una chinche con mirada de imbécil.

“-Cuando vuestro descubridor llegó a nuestro continente, descubrimos que la sangre de los europeos estaba más rica y tenía más alimento que la de nuestros conciudadanos. Mi abuelo (los vampiros, como vosotros, nacemos, parimos y morimos, aunque vivimos muchos más años) partió en un barco junto a Colón y otros españoles. Antes de partir se cebó bien con algunos indígenas para pasar desapercibido durante el viaje y no pasar hambre. Cuando llegó a España (por cierto antes de que me lo preguntéis, mi abuelo se llamaba Falsamet) descubrió un mundo excitante para él: fiestas, guerras, broncas, ajusticiamientos, poder... sangre y más sangre de cuerpos blancos y pecaminosos, suaves y abiertos al placer que conseguían que mi abuelo se extasiara cada vez que se merendaba a uno de los vuestros.

-¿Qué estupidez es esta? – Exclamó Verniel levantándose de la butaca - ¿no pensará representar una obra de teatro con un comienzo tan absurdo?

- No-no creo que sea tan mala la obra señor Verniel – tartamudeó Hooker – los vampiros siempre han sido un reclamo muy bueno en las historias de terror. Recuerde a Nosferatu...

- Pamplinas, es usted un idiota. No se trata de vampiros o no, sino de su forma de hablar, esa voz tan ridícula intentando dar miedo y lo que da es risa, sus gestos e incluso la obra en sí misma – los ojos de Verniel estaban inyectados en sangre y no podían contener la rabia y el desprecio que le transmitía aquel hombrecillo diminuto vestido de color amarillo y que a la postre llevaba el cuello de la chaqueta manchado – el público se reirá cuando descubra que el “terrorífico” protagonista es un chupasangres de hospital ¿no lo comprende?

Hooker agacho la cabeza sin decir nada. La asquerosa chinche estaba soltando todo su veneno en el ambiente y Hooker no quería contagiarse. Mientras Verniel le improperaba gritos e insultos, volvió a pensar que la cabeza de Verniel no estaba bien en aquel cuerpo, que los ojos de Verniel eran en realidad ojos compuestos que miraban en todas direcciones, como los ojos de las moscas, que si no hacía algo para evitarlo muy pronto él, Víctor Hooker, acabaría contagiado de alguna enfermedad transmitida por aquella chinche con forma humana, y acabaría muriendo sin poder estrenar su obra...

– Pero señor Verniel – balbuceó al fin – yo solo intento representar una obra entretenida...

-¡Entretenida dice!, usted sí que es un entretenido – exclamo Verniel mirando con desprecio a Hooker – y que le pasa en ese brazo que lo lleva escondido bajo la chaqueta, acaso también es parte de su forma de ver la vida o es que necesita colocarlo así para que le salga esa voz tan ridícula que pone cuando lee.

Hooker se miró el brazo izquierdo. Inconscientemente lo había escondido debajo de la chaqueta mientras leía. El dolor que sintiera un rato antes había pasado ya, pero notó un escalofrío que le

recorrió desde la mano hasta el hombro pasando a la columna vertebral. Intentó cambiar de conversación pues no quería que Verniel continuase hablando de su brazo.

-Si no le gusta la obra siempre se puede cambiar algo... - exclamó.

-¿Cómo cambiar? – respondió Verniel – si faltan dos días para el estreno... esto me pasa por confiar en escritores de pacotilla y sinvergüenzas como usted – carraspeó y expulsó una flema enviándola al escenario, a medio metro de los pies de Hooker - Más le vale a usted tener la obra terminada y en condiciones para el día del estreno porque de lo contrario le voy a denunciar por estafador...

Al escuchar las últimas palabras los ojos de Hooker miraron fijamente a su interlocutor con una mirada que a Verniel le produjo desazón durante unas décimas de segundo. Hooker notaba como su corazón palpitaba a toda velocidad dentro de su cabeza... “esa chinche asquerosa no puede seguir haciéndome tanto daño... “-pensaba obsesivamente.

-Sí, y no me mire con esa cara –añadió Verniel-, es usted un inepto y me está empezando a hartar.

No había nadie más en la sala. Verniel siempre había tenido aires de grandeza y procuraba que las obras que se representasen tuviesen al menos un mínimo de calidad, aunque fuesen pocos los espectadores que se dejaban caer en sus cómodas butacas cada noche.

Hooker bajó la cabeza e introdujo su mano derecha bajo la chaqueta, acariciando su brazo izquierdo.

-¿No le irá a dar un infarto en mi teatro verdad?- exclamó Verniel mientras avanzaba en dirección al escenario – ya lo que me faltaba, que me cerrasen el local con todos esos médicos y enfermeros y la policía preguntando qué ha pasado...

Hooker comenzó a desabrocharse los botones, uno por uno, mientras dirigía sus pasos hacia Verniel. El dueño del teatro comenzó a subir los escalones que separaban el patio de butacas del escenario, maldiciendo la hora en que se había dejado engañar por aquel mequetrefe, ajeno a Víctor. Cuando volvió a mirarle observó horrorizado como Hooker dejaba caer la chaqueta en el suelo quedando al descubierto lo que parecía una pata de insecto en lugar de su brazo izquierdo. Sin tiempo a reaccionar, Verniel retrocedió sobre sus pasos cayendo al foso. El deforme brazo izquierdo del escritor se abalanzó sobre su cuello apretándolo con las pinzas que tenía en el extremo. Hooker levantó el cuerpo del hombre sin darle tiempo a caer, como si de un monigote de trapo se tratase y comenzó a zarandearlo bruscamente. En ese instante la cabeza cayó hacia atrás cercenada... los ojos de Hooker estaban en blanco, como si no fuese consciente de sus actos. La sangre salpicó la chaqueta que el escritor había dejado caer al suelo así como varias zonas del atrezzo, al tiempo que el cuerpo sin vida caía como un saco de patatas sobre las butacas rojas de la primera fila. El deforme miembro de Hooker se dejó caer al tiempo que se abrían las pinzas asesinas y el escritor se arrodillaba lentamente, apoyando la frente en el escenario...

La cabeza de Verniel tenía una mueca extraña. El cuerpo sin vida yacía sentado de mala manera en una butaca de la primera fila, como si se tratase de un bailarín agotado que se había dejado caer de cualquier forma sobre su asiento. Así pasó un tiempo indefinido. Hooker cayó inconsciente durante lo que pareció un largo rato. Se levantó. No recordaba nada. Habían

pasado escasamente cinco minutos desde que Verniel expiró su último suspiro... Cuando Hooker vio el cuerpo sin cabeza en la butaca no pudo evitar una arcada, pero no vomitó.

- ¡Dios santo! – Exclamó – ¿Qué ha pasado?... me duele la cabeza como si me la hubiesen golpeado - pensó. - Hooker se palpó para comprobar si tenía alguna herida. Sus brazos, sus piernas, el abdomen... todo estaba bien y sin rastro de magulladuras. No recordaba nada de lo sucedido... No sabía cómo había llegado hasta allí y menos aún que hacía un cuerpo sin cabeza sentado delante de él... tal vez se tratase de una pesadilla, pensó; sí, eso es, debía estar dentro de su propia pesadilla, cosa bastante normal días antes de estrenar una función, y el cuerpo sin cabeza representaba sus temores a que no le gustase la obra al público. Se pellizcó en un brazo, tal como había visto hacer en el cine, y se percató de que unas gotas rojas manchaban su camisa. Hooker se asustó, -“tal vez fuese sangre y estuviese herido”- pensó, y todo aquello no fuese una pesadilla. A fin de cuentas el malestar que había sentido al ver aquel cuerpo sin cabeza había sido muy real. Recordó entonces al extraño hombre del vagón de metro, su lengua atrapando una mosca y como se relamía mientras el insecto era despedazado dentro de su boca... Hooker comenzó a recordar y le vinieron a la mente las palabras del hombre:

“puede elegir entre unirse a nosotros o desaparecer para siempre...”

Hooker estaba a punto de sufrir un infarto. ¿Podía ser que él fuese el responsable de la carnicería que tenía ante sus ojos? Y si era así ¿Cómo lo había hecho y de quien era el cuerpo que estaba sentado decapitado en una butaca? Acaso estaba en el teatro Gulliver y aquel cuerpo sin vida pertenecía a Julius Verniel. Comenzaba poco a poco a recordarlo todo, aunque de forma muy confusa al principio. Volvió la mirada hacia el pasillo de la sala y vio allí la cabeza de Verniel con los ojos abiertos. Hooker volvió a tener otra arcada y esta vez sí que su cuerpo expulsó un vómito de color parduzco. Retrocedió tropezando con el decorado del escenario. Se echó a llorar sin comprender que había pasado y se derrumbó cayendo de rodillas con la horrible sensación de que él había sido protagonista activo de tan terrible escena.

En aquel instante Hooker escuchó pasos en el exterior de la sala. Los pasos se dirigían hacia allí. Se asustó. El extraño hombre del metro apareció tras la puerta metálica.

- ¡Vaya! – Exclamó– veo que no ha tardado en utilizar sus poderes... - Hooker agachó la cabeza. Aquello no podía ser una pesadilla.

- ¿Mis-mis qué? – Dijo tartamudeando – no sé de qué me habla – respondió - ¿Usted era el hombre del metro, verdad, el mutante?

- Le dije que nos volveríamos a ver, pero ha sido más pronto de lo que esperaba. Habrá que limpiar toda esta porquería ¿no le parece señor Hooker? Usted recoja la cabeza y yo me encargaré del cuerpo, tengo un coche esperando en el callejón que hay detrás del teatro.

Víctor estaba en un estado de shock del que no terminaba de salir. Hacía menos de una hora su vida era tan vulgar que ni siquiera era realmente feliz con ella, y en poco tiempo se había convertido en un asesino... y aquel hombre tenía que ser el culpable de toda su desgracia.

Señor Hooker – gritó el hombre con un tono amenazante que le hizo salir del estado catatónico en el que se encontraba – va usted a recoger esa cabeza o piensa dejarla ahí hasta la noche del estreno. Dese prisa y ya tendrá tiempo para lamentar lo que ha ocurrido aquí si no quiere pasar toda su vida entre rejas.

Unas horas más tarde Hooker y el mutante se encontraban en una zona desértica a las afueras de la ciudad. No habían visto ningún vehículo desde que salieron. Solo se cruzaron con un club de carretera.

El hombre bajo del vehículo y mientras abría el maletero le dijo a Hooker que bajase del coche para ayudarlo a sacar el cuerpo y la cabeza. Ambas partes las había guardado en dos grandes bolsas negras de basura. Hooker no podía dejar de ver la cabeza de Verniel por todas partes, pero en el fondo se sentía feliz al comprobar que había cumplido su misión y ya no escuchaba voces en su cabeza. La diminuta y ridícula cabeza de Verniel ya no estaba ligada a su cuerpo de ninguna de las formas y ya no podría contagiar ninguna enfermedad a nadie nunca más.

Finas gotas de lluvia caían sobre su cabeza, pero a Hooker ya no le importaba el clima, ni ensuciarse su flamante chaqueta amarilla. Estaba a salvo de la chinche...

-Buen trabajo señor Hooker. Por cierto, mi nombre es Aleixandros, aunque todo el mundo me llama Alex... solo me queda por darle la bienvenida al club –añadió sonriendo. -A partir de ahora es usted uno más de la familia y como tal – el hombre levantó la cabeza hacia el cielo sin dejar de mirar a Hooker al tiempo que le daba unas palmadas en el hombro – debe comportarse. extrajo cien euros del bolsillo de su pantalón.

-Esto es para que vaya y se desfogue por ahí – le dijo a Hooker enseñándole el billete -.
¿Recuerda el burdel que pasamos hace media hora? – Le dijo sonriendo mientras se colocaba el billete en la lengua alargándola hasta alcanzar el bolsillo de la chaqueta de Hooker – y si le sobra algo lleve ese traje a la tintorería por favor – y añadió:

-Como le dije señor Hooker, nos volveríamos a ver, y esta vez – el extraño sonrió – será para siempre... bienvenido al club señor Hooker... el club de los mutantes...